



Las liebres y los conejos salen de sus madrigueras a oler el sol de los inviernos y a mordisquear los témpanos que cuelgan de las ramas.

25° De caza...

La nieve, como todos los países, tiene dos fronteras.

Las fronteras de la nieve no son mojones intransitables, son peligrosos pero nada más.

—¡Aquí estoy yo! —parece decir...

Y tiene los límites en la superficie por arriba, y en las entrañas por abajo. Porque en las entrañas de la nieve se encuentra la tierra, las piedras, los tejados, las ramas de las sabinas, de los chaparros y de los árboles. La nieve es como una piel para todos estos seres vivientes y para los minerales que se esconden en los inviernos debajo de ella. Además comen y beben de su detritus. La nieve se hace aguas, y forma, debajo de ella, algo así como túneles de gotas descongeladas.

El límite de arriba, el color de la capa con que se viste, se endurece en las noches y hace pistas de hielo para que patinen los niños durante el día, cuando hace bonanza.

Las liebres y los conejos salen de sus madrigueras a oler el sol de los inviernos y a mordisquear los témpanos que cuelgan de las ramas. Así sacian su sed. Cuando la nieve es blanda alzan las orejas para otear los peligros, y las mueven para acá y para allá. Las orejas las tienen perfectamente dominadas, con ellas, se apuntan las cosas que tienen que mirar. Los ojos siguen la indicación de las orejas y cada uno se dirige obedientemente en respuesta conjunta, así siempre saben hacia dónde orientar su vista.

Con la nieve helada se pierden las huellas y no tienen peligro de ser perseguidos. Corretean y tamborilean a placer.

Para estos animalitos, yo no sé si el invierno es igual de frío que para nosotros, o si, también, se olvidan del mal tiempo y juegan a hacer muñecos y caminitos en la nieve para jugar a pillar, o si se esconden dentro de sus madrigueras como los abuelos en las cocinas de las casas.